

lancton templar las cosas tanto como él deseaba. «Yo mudaba y re-  
«mudaba, dice <sup>1</sup>, todos los dias alguna cosa, y hubiera mudado  
«mucho mas, si nuestros compañeros nos lo hubieran permitido.  
«Pero á ellos no les da cuidado por nada;» es decir, segun él se  
explica constantemente, que sin prever lo que podia suceder, no se  
pensaba mas que en llevarlo todo al extremo: y por esta razon se  
veia siempre Melancton, como lo confiesa él mismo <sup>2</sup>, *agobiado de  
cruelles inquietudes, de infinitos cuidados, y disgustos insoportables*. Lu-  
tero le estrechaba mas que todos los otros juntos. Se ve en las car-  
tas que le escribia Melancton, que no sabia cómo amansar aquel ge-  
nio soberbio: algunas veces *se encolerizaba tanto* contra Melancton,  
*que ni aun queria leer sus cartas* <sup>3</sup>. En vano le enviaba mensajeros ex-  
presamente para aplacarle; los mensajeros volvian sin respuesta, y  
el desgraciado Melancton, que se oponia lo mas que podia á los aca-  
loramientos de su maestro y de su partido, siempre gimiendo y llo-  
rando, escribia la confesion de Ausburgo rodeado de tantas coac-  
ciones.

<sup>1</sup> Lib. IV, ep. 93. — <sup>2</sup> Ibid. — <sup>3</sup> Lib. I, ep. 6.

LIBRO CUARTO.

DESDE EL AÑO DE 1530 HASTA EL DE 1537.

RESÚMEN.

Ligas de los Protestantes, y su resolucion de tomar las armas, autorizada por Lutero. Embarazos de Melancton por estos nuevos proyectos tan contrarios al primer plan. Despliega Bucero su habilidad en valerse de equívocos para unir todo el partido protestante, y los Sacramentarios con los Luteranos. Los Zuinglianos y Lutero los repelen igualmente. Bucero al fin engaña á Lutero confesando que los indignos reciben la verdad del Cuerpo del Señor. Acuerdo de Vitemberg concluido sobre este fundamento. Al paso que se adopta la opinion de Lutero, empieza á dudar sobre ella Melancton, pero no deja de suscribir á todo lo que quiere Lutero. Artículos de Esmalcalda, y nueva explicacion de la presencia real por Lutero. Limitacion de Melancton sobre el artículo que concierne al Papa.

I.— *Ligas de los Protestantes despues del decreto de la Dieta de Ausburgo; y la resolucion de tomar las armas, autorizada por Lutero.*

(1531). Rigoroso fue el decreto de la Dieta de Ausburgo contra los Protestantes. Como el Emperador establecia en ella una especie de liga defensiva de todos los Estados católicos contra la nueva religion, los Protestantes por su parte procuraron mas que nunca unirse entre sí: pero la division sobre la Cena, que habia estallado tan visiblemente en la Dieta, era un obstáculo perpétuo para la reunion de todo el partido. El Landgrave, poco escrupuloso, hizo su tratado con los de Basilea, Zurich y Estrasburgo <sup>1</sup>. Pero Lutero no queria oír hablar de esta union, y el elector Juan Federico permaneció firme en no hacer con ellos ninguna liga: así, para transigir este negocio, el Landgrave envió á Bucero, el gran negociador de aquel tiempo en los asuntos de doctrina, el cual se abocó de su orden con Lutero y con Zuinglio.

En este tiempo un corto escrito de Lutero dió mucho que hablar

<sup>1</sup> Recess. Aug. Sleid. l. VII, VIII.

en toda la Alemania. Hemos visto que el grande éxito de su doctrina le habia hecho creer que la Iglesia romana iba á caer por sí misma, y entonces sostenia con mucho calor, que no se debian emplear las armas en el asunto del Evangelio, ni aun para defenderse de la opresion <sup>1</sup>; y los Luteranos convienen en que nada habia inculcado mas en sus escritos que esta máxima. Quería dar á su nueva iglesia este precioso carácter del antiguo cristianismo: pero no pudo permanecer mucho tiempo en esta idea. Inmediatamente despues de la Dieta <sup>2</sup>, y mientras los Protestantes estaban trabajando en formar la liga de Esmalcalda, declaró Lutero, que aunque habia enseñado constantemente hasta entonces «que no era lícito resistir á las potestades legítimas; ahora se referia á los jurisconsultos, cuyas máximas ignoraba cuando habia compuesto sus primeros escritos: por lo demás, que el Evangelio no era contrario á la política, y que en un tiempo tan aciago, pudieran llegar las cosas á tal extremo, que no solamente el derecho civil, sino tambien la conciencia obligase á los fieles á tomar las armas, y á coligarse contra todos los que intentasen hacerles la guerra, y aun contra el Emperador <sup>3</sup>»

La carta que Lutero habia escrito contra el duque Jorge de Sajonia <sup>4</sup> manifestaba bastante bien que entre los suyos ya no se trataba de aquella paciencia evangélica, que tanto alababan en sus primeros escritos; pero esta no era mas que una carta escrita á un particular: ahora vemos un escrito público, en que Lutero prestaba su autoridad á los que tomasen las armas contra su príncipe.

II. — *Inquietud de Melancton con estos nuevos designios de guerra.*

Si hemos de creer á Melancton <sup>5</sup>, no se habia consultado á Lutero precisamente sobre la liga; se le habia paliado el negocio, y este escrito se habia publicado sin su noticia. Pero ó Melancton no decia todo lo que sabia, ó no le decian todo lo que habia. Es constante, por lo que dice Sleidan <sup>6</sup>, que Lutero fue expresamente consultado; y no se ve que su escrito se publicase por otro, sino por él mismo: porque ¿quién tampoco lo hubiera publicado sin su consentimiento? Ello es que aquel escrito incendió toda la Alemania. En vano se quejaba Melancton. «¿Por qué se ha esparcido, dice, el escrito por toda la Alemania? Para excitar á los pueblos á que se coliga-

<sup>1</sup> Sup. l. I, n. 31; lib. II, n. 9. — <sup>2</sup> Sleid. lib. VII, VIII. — <sup>3</sup> Sleid. lib. VIII, 217. — <sup>4</sup> S. lib. II, n. 44. — <sup>5</sup> Lib. IV, ep. 111. — <sup>6</sup> Sleid. lib. VIII, 117.

«sen, ¿era preciso tocar á rebato de esa manera <sup>7</sup>?» Costábale mucho trabajo renunciar á la idea lisonjera de reformation que le habia dado Lutero, y que él mismo habia sostenido tan bien, cuando escribia al Landgrave, «que se debia sufrirlo todo, antes que tomar las armas en favor de la causa del Evangelio <sup>8</sup>» Lo mismo habia dicho respecto de las ligas que meditaban los Protestantes <sup>9</sup>, y las habia impedido cuanto podia en tiempo de la Dieta de Espira, á donde le habia llevado su príncipe el Elector de Sajonia. «Mi opinion es, dijo <sup>10</sup>, que todos los hombres buenos deben oponerse á semejantes coaliciones.» Pero no pudo sostener tan buenos sentimientos en un partido como aquel. Cuando se vió que las profecías no caminaban con bastante velocidad, y que el soplo de Lutero era demasiado débil para derribar aquel Papado tan aborrecido; en lugar de entrar en sí mismos, se dejaron arrastrar á designios mas violentos. Al último Melancton vaciló; pero sintiendo penas amargas: causa lástima la agitacion en que estaba, cuando se tramaban aquellas coaliciones, como se ve por lo que escribia á su amigo Camerario <sup>11</sup>: «Ya no se nos consulta tanto sobre la cuestion de si es lícito defenderse por medio de la guerra, para lo cual puede haber razones justas. Es tan grande la malicia de algunos, que serian capaces de emprenderlo todo, si nos viesen desprevenidos. Es muy singular el extravío de los hombres, y extrema su ignorancia. Nadie hace caso de estas palabras: No os inquieteis, pues vuestro padre celestial sabe lo que necesitáis. No se creen seguros, ni no tienen medios con que defenderse bien. En medio de esta debilidad de los espíritus, no se oirian jamás nuestras máximas teológicas.» Aquí debia abrir los ojos Melancton y ver que la nueva Reforma, incapaz de sostener las máximas del Evangelio, no era lo que él habia pensado hasta entonces. Pero oigamos cómo sigue la carta: «Yo no quiero, dice, condenar á nadie, y creo que no se deben vituperar las precauciones de nuestras gentes, con tal que no se haga nada que sea criminal, á lo cual sabremos nosotros proveer suficientemente.» Sin duda estos doctores sabrian bien contener á los soldados armados, y poner limites á la ambicion de los príncipes, despues que los hubiesen empeñado en una guerra civil. ¿Qué esperanzas podia tener él de impedir los crímenes durante aquella guerra, si aquella guerra misma ya era de suyo un crimen, segun las máximas que

<sup>7</sup> Lib. IV, ep. III. — <sup>8</sup> Lib. III, ep. 16. — <sup>9</sup> Lib. IV, ep. 83, 111. — <sup>10</sup> Ibid. ep. 83. — <sup>11</sup> Ibid. ep. 110.

habia sostenido siempre? Pero no se atrevia á confesar que sus compañeros no tenían razon, y no habiendo podido impedir los intentos de guerra, se vió tambien forzado á apoyarlos con razones. Esto es lo que le hacia suspirar. «Ah! dice, bien habia previsto yo todos «estos movimientos en Ausburgo!» Deploraba amargamente los fueros de los suyos, que todo lo llevaban hasta el último extremo, *sin cuidarse de nada*.<sup>1</sup> Por este motivo lloraba sin fin, y Lutero no podia consolarle con todas las cartas que le escribia. Aumentóse su sentimiento cuando vió tantos proyectos de ligas autorizados por Lutero mismo. Pero «en fin, mi querido Camerario (así acaba su carta), «esta cosa es muy particular, y puede mirarse bajo muchos aspectos: «por esta razon es menester acudir á Dios.»<sup>2</sup> Tampoco su amigo Camerario aprobaba en el fondo de su corazon aquellos preparativos de guerra, y Melancton procuraba sostenerle siempre lo mejor que podia: pero ante todas cosas era preciso excusar bien á Lutero. Algunos dias despues de la carta que hemos visto, volvió á decir á Camerario: «que Lutero habia escrito con «mucha moderacion, y que habia costado mucho trabajo arrancarle «la consulta.» «Yo creo, prosigue, que conoceréis bien que nosotros no tenemos culpa ninguna. Me parece que no debemos atormentarnos mas por causa de estas confederaciones; y á decir verdad, atendidas las circunstancias de nuestros dias, creo que no debo «reprobarlas: así repito que recurramos á Dios.» Bueno era acudir á Dios; pero Dios se rie de las súplicas que se le hacen para evitar los males públicos, cuando el que suplica no se opone á lo que se hace para atraerlos. Melancton lo sabia muy bien, y turbado por lo que él hacia, y por lo que hacian los demás, ruega á su amigo que le anime: «Escribidme con frecuencia, le dice; «yo solo hallo consuelo en vuestras cartas.»

III. — Negociaciones de Bucero: muere Zuinglio en la guerra. — VI

Resolvióse, pues, en la nueva Reforma, que se podian tomar las armas, y que era preciso coligarse. En esta coyuntura entabló Bucero sus negociaciones con Lutero; y sea que se hallase inclinado á hacer la paz con los Zuinglianos por el deseo de formar una buena liga, ó por cualquier otro motivo, Bucero acertó á cogerle de buen humor, y consiguió que le diese buenas palabras. Fue al instante á

<sup>1</sup> S. lib. III, n. 59. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 111.

ver á Zuinglio, pero se interrumpió la negociacion por la guerra que se suscitó entre los cantones católicos y los cantones protestantes. Los últimos, aunque mas fuertes, quedaron vencidos; Zuinglio fue muerto en una batalla, y este fogoso disputador supo acreditar que era un combatiente no menos esforzado. Costóle trabajo al partido defender este valor intempestivo é impropio de un pastor, y se dijo para excusarle que habia seguido al ejército protestante para ejercer en él mas bien el oficio de ministro, que la profesion de soldado: pero en fin constaba que se habia arrojado bien adelante en la pelea, y que murió con la espada en la mano. Á su muerte se siguió la de Oecolampadio, de quien dice Lutero que murió de los golpes que le dió el diablo, de cuya fuerza no pudo defenderse: los otros decian que habia muerto de pesadumbre, no pudiendo resistir á la agitación que le causaban tantas turbulencias. En Alemania la paz de Nuremberg templó los rigores del decreto de la Dieta de Ausburgo: pero los Zuinglianos fueron excluidos del acomodamiento no solo por los Católicos, sino tambien por los Luteranos; y el elector Juan Federico persistia inflexible en excluirllos de la liga, hasta que conviniesen con Lutero en el artículo de la presencia real. Bucero proseguia en su intento sin arredrarse, y empleaba cuantos medios estaban en su mano para vencer este único obstáculo de la reunion del partido. Convencerse los unos á los otros se miraba como imposible, y en vano se habia intentado ya en Marpourg. La tolerancia mútua, permaneciendo cada uno en sus opiniones, habia sido rechazada con desprecio por Lutero, el cual se empeñaba en decir con Melancton, que semejante tolerancia perjudicaba á la verdad que él defendia. No tenia, pues, Bucero otro recurso mas que apelar á sus equívocos, y confesar la presencia sustancial de una manera que le dejase algun efugio.

IV. — Fundamento de los equívocos de Bucero para conciliar los partidos.

El camino por donde llegó á una confesion tan notable, causó ciertamente admiracion. Decian todos los Sacramentarios que era necesario guardarse de poner unos meros signos en los Sacramentos: el ejemplo del Bautismo lo probaba bastante. Pero como la Eucaristía no habia sido instituida solamente como signo de la gracia, sino que se la llamaba el cuerpo y la sangre de Jesucristo; es constante que

<sup>1</sup> Hosp. ad an. 1551. — <sup>2</sup> Tr. de abr. Miss. t. VII, 230.

para que no fuese un simple signo debian recibirse en este Sacramento el cuerpo y la sangre del Señor. Se dijo, pues, que se recibían por la fe: y era el verdadero cuerpo el que se recibía, porque Jesucristo no tenía dos. Cuando llegó el caso de decir que se recibía por la fe el verdadero cuerpo de Jesucristo, se dijo que se recibía su propia sustancia. Recibirlo sin que estuviese presente, no se podía concebir; de consiguiente, decía Bucero, Jesucristo está sustancialmente presente. No era necesario hablar de la fe, bastaba subentenderla. Así confesó Bucero en la Eucaristía absolutamente y sin restriccion la presencia real y sustancial del cuerpo y de la sangre del Señor, aunque estuviesen únicamente en el cielo, lo que él mitigó no obstante en lo sucesivo. De este modo, sin admitir nada de nuevo, cambió todo su lenguaje: y á fuerza de hablar como Lutero, se creyó en el caso de decir, que nunca se habian entendido, y que esta larga disputa, en que tanto se habian acalorado, no era mas que una disputa de palabras.

V.— *El acomodamiento que propuso Bucero, no es mas que en las palabras.*

Hubiera hablado con mas verdad, si hubiera dicho que solo se convenía en las palabras, porque, en fin, esta sustancia que se dice que está presente, estaba tan distante de la Eucaristía, como el cielo de la tierra; y no la recibían los fieles mas verdaderamente que reciben los ojos la sustancia del sol. Esto decían Lutero y Melancton. El primero llamaba á los Sacramentarios *una faccion con dos lenguas* <sup>1</sup>, á causa de sus equívocos, y decía que hacian *un juego diabólico con las palabras de Nuestro Señor*. La presencia que admite Bucero, decía el último <sup>2</sup>, no es «sino una presencia en las voces, y una presencia virtual. Pero nosotros pedimos la presencia del cuerpo y de la sangre, no la de su virtud. Si el cuerpo de Jesucristo «está solamente en el cielo, y no está con el pan ni en el pan; si en «fin no se halla en la Eucaristía sino por la contemplacion de la fe, «no hay mas que una presencia imaginaria.»

VI.— *Equívoco de la presencia espiritual y de la presencia real.*

Bucero y los suyos se enojaban porque se llamaba imaginario á

<sup>1</sup> Luth. epist. ad Sen. Francof. Hospin. ad ann. 1533, 128. — <sup>2</sup> Ep. Mel. ap. Hosp. 1530, 410.

lo que se hacia por la fe, como si la fe no fuese mas que una pura imaginacion. «¿No es algo y mucho, decía Bucero, que Jesucristo esté presente á una alma pura y elevada á lo alto?»

Muchos equívocos hay en este modo de discurrir. Los Luteranos convenian en que la presencia del cuerpo y de la sangre del Señor en la Eucaristía era superior á los sentidos, y de tal naturaleza, que no se podia percibir sino por el entendimiento y por la fe; pero con todo eso, enseñaban que Jesucristo estaba presente en su propia sustancia en el Sacramento, en vez de que, segun queria Bucero, solo estaba en el hecho presente en el cielo, á donde el entendimiento iba á buscarle por medio de la fe; lo que no tenia nada de real, nada que respondiese á la idea que dan estas palabras: *Este es mi cuerpo; Esta es mi sangre.*

VII.— *Presencia del cuerpo; cómo es espiritual.*

Pero qué, ¿lo que es espiritual no es real? ¿Y no hay nada de real en el Bautismo, porque no hay en él nada de corporal? Otro equívoco. Las cosas espirituales, como la gracia y el Espíritu Santo, están tan presentes como pueden estarlo, cuando lo están espiritualmente. Pero ¿qué es un cuerpo presente en espíritu solamente, sino un cuerpo ausente en el efecto, y presente solo por el pensamiento? Presencia que sin ilusion no puede llamarse real y sustancial.

¿Queréis, pues, vosotros, decía Bucero, que Jesucristo esté presente corporalmente, confesando vosotros mismos que la presencia de su cuerpo en la Eucaristía es espiritual?

Lutero y los suyos no negaban, como tampoco niegan los Católicos, que la presencia de Jesucristo en la Eucaristía es espiritual, en cuanto al modo, con tal que se les conceda que es real en cuanto á la sustancia; es decir, en términos mas sencillos, que el cuerpo de Jesucristo está presente, pero de un modo divino, sobrenatural, incomprendible, á donde no alcanzan los sentidos: espiritual, en el sentido de que solamente el espíritu, sometido á la fe, la puede conocer, y de que tiene un fin totalmente celestial. San Pablo dice bien, cuando llama al cuerpo humano resucitado *un cuerpo espiritual* <sup>1</sup>, por las cualidades divinas, sobrenaturales y superiores á los sentidos de que estará revestido: pues con mas razon el cuerpo del

<sup>1</sup> Epist. Mel. ap. Hosp. 1540, 111. — <sup>2</sup> I Cor. xv, 44, 46.

Salvador existente en la Eucaristía de un modo tan incomprendible, puede ser llamado con este nombre.

VIII. — Si la presencia del cuerpo no es mas que espiritual, las palabras de la institucion son inútiles.

Por lo demás, todo lo que se decía, que el espíritu se elevaba en alto para ir á buscar á Jesucristo á la diestra de su Padre, tampoco era mas que una metáfora, poco capaz de representar una recepción sustancial del cuerpo y de la sangre, pues que este cuerpo y esta sangre permanecían únicamente en el cielo, como el alma del que los recibía quedaba unida únicamente á su cuerpo en la tierra; y fallaba la union verdadera y sustancial entre el fiel y el cuerpo del Señor, lo mismo que si nunca hubiera estado en la Eucaristía, ni Jesucristo hubiera dicho jamás: *Este es mi cuerpo*.

Finjamos en efecto que estas palabras jamás salieron de su boca; la presencia por el espíritu y por la fe siempre subsistía igualmente, y no por eso la llamaría nadie sustancial. Y si las palabras de Jesucristo nos obligan á unas expresiones mas fuertes, es porque nos dan lo que sin ellas no se nos daría, esto es, su propio cuerpo y su propia sangre, cuya inmolacion y efusion nos salvaron en la cruz.

IX. — Si es necesario admitir una presencia local.

Todavía le quedaban á Bucero otros dos recursos para sus ardidés y equívocos: uno en la palabra *local*, y otro en la palabra *sacramento* ó *misterio*.

Lutero y los defensores de la presencia real nunca habían pretendido que el cuerpo del Señor estuviese encerrado en la Eucaristía como en un lugar, por el cual fuese medido y contenido al modo ordinario de los cuerpos; al contrario, no creían que hubiese en la carne del Señor que se les distribuía en la sagrada mesa, mas que la simple y pura sustancia con la gracia y la vida de que estaba llena, pero por lo demás, despojada de todas las cualidades sensibles, y de los modos de ser que nosotros conocemos. Así Lutero convenía fácilmente con Bucero que la presencia de que se trataba, no era local, con tal que él le concediese que era sustancial; y Bucero se apoyaba mucho en la exclusion de la presencia local, creyendo debilitar por este medio lo que se veía forzado á confesar de la presencia sustancial. Tambien se servía de este artificio para excluir

la comida del cuerpo de Nuestro Señor, que se verificaba por la boca. La hallaba, no solamente inútil, sino tambien grosera, carnal, y poco digna del espíritu del Cristianismo; como si esta prenda sagrada de la carne y de la sangre, ofrecidas en la cruz, que el Salvador nos da tambien en la Eucaristía para cerciorarnos de que la víctima y su inmolacion es toda nuestra, fuese una cosa indigna de un cristiano; ó como si esta presencia dejase de ser verdadera, bajo el pretexto de que en un misterio de fe no ha querido Dios hacerla sensible; ó en fin, como si esta prenda inestimable del amor divino no moviese á piedad al cristiano porque solo la conoce por la palabra de Jesucristo; cosas tan distantes del espíritu del Cristianismo, que nunca se admirará uno bastante de la torpeza de los que, no pudiendo gustarlas, tratan de groseros á los que las gustan.

X. — Equívoco sobre las palabras *sacramento* y *misterio*.

El otro recurso de los equívocos estaba en las palabras *sacramento* y *misterio*. Sacramento en nuestro modo ordinario de hablar quiere decir signo sagrado; pero en la lengua latina, de donde nos ha venido esta voz, *sacramento* significa muchas veces cosa alta, secreta é impenetrable. Esto mismo significa tambien la palabra *misterio*. Los griegos no tienen otra palabra para significar *sacramento* mas que la de *misterio*; y los Padres latinos llaman con frecuencia al *misterio* de la Encarnacion, *sacramento* de la Encarnacion, y así de los demás.

Bucero y sus compañeros creían quedar victoriosos, diciendo que la Eucaristía era un misterio, ó un *sacramento* del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ó que la presencia que en ella se reconocía, y la union que aquí hay con Jesucristo, es una presencia y union sacramental; y al contrario, los defensores de la presencia real, Católicos y Luteranos, entendían una presencia y una union real, sustancial, y propiamente dicha, pero oculta, secreta, misteriosa, sobrenatural en el modo, y espiritual en su fin, propia por último de este Sacramento; y por todas estas razones la llamaban sacramental.

No tenían, pues, por qué negar que la Eucaristía es un misterio en el mismo sentido que lo son la Trinidad y la Encarnacion, es decir, una cosa alta, tanto como secreta y de todo punto incomprendible al entendimiento humano.